

Democracy's Detectives: The Economics of Investigative Journalism

Hamilton, James (2016) *Democracy's Detectives: The Economics of Investigative Journalism*. Cambridge: Harvard University Press. 368 pp. ISBN: 9780674545502

En un contexto de cambios tecnológicos, políticos, económicos y culturales en que se desenvuelve la industria de medios en general, y el periodismo en particular, hay un creciente interés por evaluar el periodismo de investigación a nivel global. ¿Cuál es su impacto? ¿Qué tan eficientes han sido los programas de ayuda internacional destinados a financiarlo? ¿Cuáles son sus debilidades y qué contextos lo promueven? ¿Cómo sustentarlo financiera y editorialmente? ¿Cuáles son las mejores prácticas? En esta línea está el estudio de James Hamilton *Democracy's Detectives: The Economics of Investigative Journalism*, que analiza las tendencias en la investigación periodística en medios estadounidenses durante tres décadas.

Hamilton revisó más de 12 mil postulaciones al premio anual de la asociación de editores y reporteros de investigación (IRE, por sus siglas en inglés) entre 1979 y 2010, identifican-

do los temas y problemas que el periodismo de investigación estadounidense ha cubierto, cuál ha sido su impacto, y sus modelos de producción financiera. Algunas tendencias son desalentadoras: Han disminuido las investigaciones producidas por medios locales, hay menos solicitudes de acceso a información hechas por reporteros locales y solo un puñado de medios líderes en el mercado estadounidense concentran los reportajes premiados. Otras tendencias parecen esperanzadoras, como la emergencia de actores ajenos a los medios tradicionales como organizaciones periodísticas sin fines de lucro (*ProPublica* o *Associated Press*), universidades y medios especializados (*Bloomberg* o *The Wall Street Journal*).

El periodismo de investigación es el trabajo original de un reportero o un equipo que devela algo de interés público y que otros tratan de ocultar. La novedad del trabajo de Hamilton radica en que aborda detalla-

damente las implicancias económicas de estos tres elementos: un trabajo original implica costos fijos en la producción de un reportaje (personal, instalaciones, operaciones), el interés público se traduce en lo que los economistas llaman externalidades positivas de lo que son bienes públicos, y el interés de terceros (el gobierno, empresarios) por mantener estas historias ocultas impone costos significativos para la investigación, como el uso de leyes de acceso a información, que se traduce en tiempo, pago por reproducción y uso de *software* que permita análisis de grandes volúmenes de datos y documentos, entre otros. A pesar de que las investigaciones periodísticas sí toman más tiempo y sí cuestan miles de dólares, Hamilton demuestra que también han generado miles de millones en beneficios a la comunidad.

El estudio de Hamilton es fascinante por varias razones: por la construcción y uso extensivo e intensivo de enormes bases de datos de cientos de trabajos de investigación periodística publicados en distintos soportes en Estados Unidos; porque identifica tendencias históricas en el periodismo de investigación en el país del norte que

complejizan los hitos clásicos —*muckrakers* a principios de 1900s, la guerra de Vietnam y los 1960s y Watergate en los 1970s (Capítulo 2, “Detectives, Muckrakers, and Watchdogs”), así como también relativiza el arquetipo del reportero tipo llanero solitario. El corazón del trabajo (capítulos 3 a 6), analiza en detalle los trabajos presentados y premiados por IRE en tres décadas. La extensa investigación de la que da cuenta

el libro va más allá de documentar casos o anécdotas y, más bien, navega a través de patrones y tendencias de largo alcance que incluyen qué medios han realizado este tipo de periodismo (considerando soporte y tamaño del medio y alcance de sus audiencias, por ejemplo), cuál ha sido la agenda en este periodo (según tipo de medio), con qué recursos, qué producción requirió y qué impacto tuvo, identificando para todos, además, cambios en el tiempo.

El concepto mismo de impacto es controversial, no solo en periodismo, sino que también en otras áreas de las ciencias sociales y las humanidades. ¿Cómo definirlo, cómo medirlo y por cuánto tiempo? Una investigación puede generar frutos mucho tiempo después de su publicación y cuando el público y los medios ya perdieron interés. Además, una denuncia puede

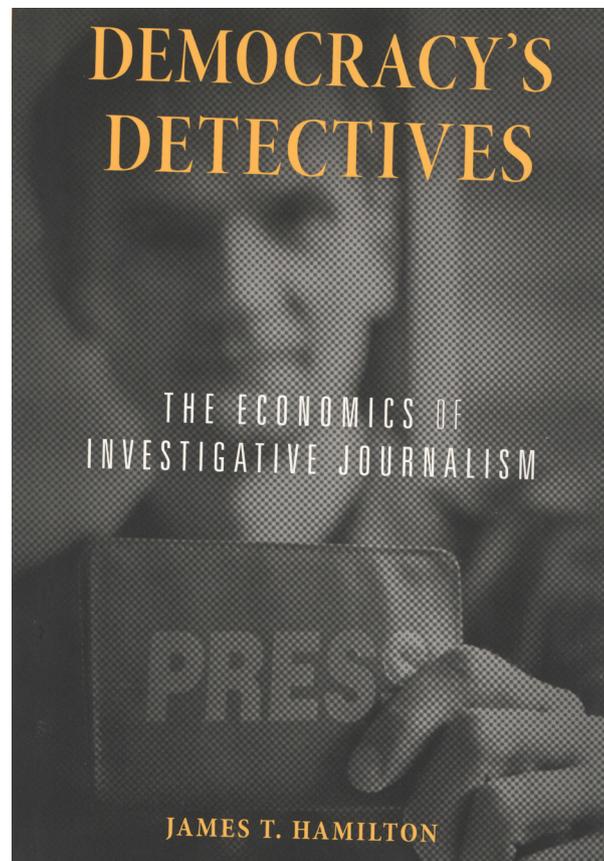
aparecer en momentos en que las agendas mediática y política están sintonizadas en otra frecuencia y, por lo tanto, no genera repercusiones.

A pesar de estas limitaciones, Hamilton analiza el impacto de corto, mediano y largo plazo del periodismo de investigación basado en la propuesta de David Protess y sus colegas, quienes describen tres tipos de efectos del periodismo de investigación: deliberativo,

blico o privado involucrado en lo que la historia devela. Finalmente, los efectos sustantivos pueden adoptar la forma de nuevas regulaciones, la creación de instituciones o cambios presupuestarios.

Así, Hamilton constata que aquellas historias que generan impactos menos costosos (como despidos o renunciaciones) han sido más frecuentes y que el efecto de la fiscalización de-

pende del tamaño y del tipo de medio. Hamilton calcula por primera vez el costo-beneficio del periodismo de investigación analizando tres casos de estudio: una serie publicada en 2008 por *News & Observer*, un diario local de Raleigh (North Carolina), sobre las fallas en el sistema de libertad bajo fianza; la investigación emitida en 1997 por KCBS, un canal local de Los Angeles, sobre la insuficiente fiscalización de la autoridad de salud, y una serie de artículos publicada por *The Washington Post* sobre las muertes provocadas



individualista y sustantivo. El primero se refiere a que una investigación puede gatillar la acción de organismos gubernamentales o judiciales. El segundo, a que un reportaje puede provocar el despido o renuncia de un funcionario pú-

por los disparos de la policía de Washington D.C. Hamilton identificó los costos de producir cada serie, estimó los efectos que tuvieron en políticas públicas, y calculó cuántos dólares produjo la investigación por cada dólar que el medio in-

virtió (ver pp. 112 y ss., en particular tabla 4.5, en p. 131). Los casos representan, además, diversos tipos de medios en cuanto a soporte, tamaño, ubicación y audiencias y por eso el modelo que Hamilton propone para analizar las consecuencias del periodismo investigativo en ciertas condiciones resulta atractivo para aplicarlo en otros casos y contextos.

Para el público latinoamericano, las conclusiones no parecen pertinentes en latitudes distintas (y distantes) a aquella que da sentido al trabajo: por ejemplo, Estados Unidos cuenta con una ley federal de acceso a información desde la década de los 1960s, hay un campo más o menos institucionalizado del periodismo de investigación desde los 1970s con la creación de IRE y sus miles de socios, su conferencia anual, sus bases de datos de reportajes de investigación, el periodismo asistido por computadoras desde los 1980s, y sus capacitaciones locales y nacionales. Además, el periodismo en Estados Unidos no opera bajo niveles de violencia como los que experimentan los profesionales en México y otros países centro y sudamericanos.

Sin embargo, el trabajo de Hamilton es fructífero y pertinente no solo en el contexto que lo hace posible, el campo del periodismo de investigación en Estados Unidos, sino que también en América Latina, en general, y en Chile, en particular, sobre todo porque el norteamericano es un modelo –para bien o para mal– que

los medios del continente han emulado. El libro es una fuente infinita de buenas prácticas, de estrategias colectivas, institucionales y profesionales, así como también individuales (el capítulo 7 se dedica a evaluar en detalle el impacto del trabajo de un solo periodista de investigación, en medios locales, ha tenido en su trayectoria). Otras prácticas y herramientas, ya sea por escasez presupuestaria o inmadurez del campo o adecuada capacitación, es un camino aún por explorar.

El periodismo de investigación es costoso y requiere tiempo. Pero este estudio también demuestra que en un contexto en particular, en un sistema de medios específico, con ciertas características profesionales, ha tenido impacto incluso económico. Aun cuando el periodismo de investigación representa un fragmento ínfimo de todo el trabajo en prensa, precisamente por sus altas externalidades positivas es que amerita ampliar nuestro conocimiento sobre este género en nuestros propios contextos políticos, históricos, económicos y de cultura profesional.

A pesar de que en América Latina hay una larga tradición en periodismo de investigación que algunos datan en los 1950s gracias a Operación Masacre del argentino Rodolfo Walsh (1957) y que la primera unidad especializada en investigación fue creada por el diario colombiano *El Tiempo* en los 1970s, hay una deuda en desarrollar teóricamente el campo. Buena parte de la literatura sobre

periodismo de investigación latinoamericano se basa en casos de estudios, experiencias individuales de reporteros y manuales. Los esfuerzos académicos por desentrañar las particularidades del periodismo de investigación en el continente son escasos. Trabajos como el de Hamilton llaman no tanto a emular, pero sí a recordar nuestros propios enfoques tanto en el campo del ejercicio profesional como en lo que nos falta por documentar históricamente y, así, teorizar para comprender mejor el rol de este tipo de periodismo en nuestras sociedades.

Claudia Lagos

University of Illinois at Urbana-Champaign
clagoslira@gmail.com

¿Cómo citar?

Lagos, C. (2017). [Reseña de Libro] *Democracy's detectives. The economics of investigative journalism. Comunicación y Medios*, (36), 160-162.

DOI: 10.5354/rcm.v1i36.46954